

Giovanni FEDERICO, *Il filo d'oro. L'industria mondiale della seta dalla restaurazione alla grande crisi*, Marsilio, Venecia, 1994, 573 pp.

Esta es una obra de gran calado. El resultado –un texto denso, 16 apéndices dedicados preferentemente a los aspectos metodológicos y un apéndice estadístico de 73 tablas– es el fruto del esfuerzo paciente y riguroso de ocho años. La historia de la producción del hilo de seda se aborda desde una perspectiva mundial y en el arco temporal del siglo que va del fin de las guerras napoleónicas a la depresión de la década de 1930. Aunque por varias razones –y la disponibilidad de fuentes no es la menos importante– la referencia italiana aparece privilegiada en dicha perspectiva, la obra no se limita a situar a la seda italiana ante el espejo del mundo. Por otra parte, el siglo escogido es decisivo tanto en lo que se refiere a la industrialización de la hilatura como a los cambios sucesivos en el reparto del mercado mundial.

La primera cuestión abordada son los rasgos estructurales del sector. El análisis de la dotación de factores, en una perspectiva de costos comparados, remacha competentemente lo que ya era conocido: la sericultura era ahorradora en tierra e intensiva en trabajo, mientras que las técnicas de elaboración del hilo era muy simples. De ahí, la identificación del ambiente óptimo para su desarrollo y el bajo umbral de entrada para las empresas. Más novedoso es el análisis que nos sitúa en un mercado de competencia perfecta, con un nivel de integración mundial superior al de otros mercados de productos primarios, el del grano por poner un ejemplo, y, por tanto, eficiente en la determinación de los precios.

La segunda cuestión –la evolución en el tiempo del sector– permite establecer, a partir de un notable trabajo de reconstrucción cuantitativa, una serie de constataciones básicas: el crecimiento del comercio y de la producción, la formación de un mercado mundial –con la liberalización de las exportaciones chinas y la apertura de Japón–, la composición del comercio internacional –fundamentalmente seda cruda y torcidos–, y finalmente la evolución del reparto del mercado mundial entre los países productores.

De hecho, las dos preguntas fundamentales se plantean a partir de las anteriores. ¿Cuáles fueron las causas del crecimiento de la producción y del consumo de seda? ¿Cómo evolucionó y qué determinó la competencia entre los países productores en este contexto de mercado eficiente?

La respuesta a la primera se plantea a partir de un modelo econométrico mediante el cual se establece la contribución de la demanda y de la oferta al crecimiento. Un tercio del crecimiento correspondió a la demanda. Básicamente se debió al aumento de la renta en los países avanzados y a la democratización del consumo de manufacturas de seda. Federico analiza cuidadosamente los factores de la reducción del precio de las manufacturas que incidieron

positivamente en la demanda de hilo de seda (reducción del valor añadido por unidad de producto a causa del progreso técnico en el tisaje y ahorro logrado al tejer seda cruda y no torcida) y negativamente (la reducción del peso de la fibra por unidad de longitud del hilo empleado). Otros aspectos, como el incremento de la cuota de tejidos simples y/o mixtos, tenían efectos ambivalentes.

La contribución de la oferta al crecimiento, incluida la depreciación de la moneda de los países productores, se fija en los dos tercios restantes. Los países productores de la periferia no sólo respondieron a la demanda creciente del centro, sino que manifestaron una clara capacidad para incrementar y mejorar la oferta. El dinamismo de la oferta se basó, por una parte, en el progreso técnico en la sericultura (formas intensivas de cultivo de las moreras, técnicas de producción de las simientes del gusano) y en la hilatura (aplicación del vapor), y, por otra parte, en el aumento de la disponibilidad de los factores utilizados. Este segundo aspecto fue clave en los países del Extremo Oriente y muy particularmente en Japón. La relación entre las contribuciones respectivas del progreso técnico y del aumento en la dotación de factores no era la misma en las diversas economías analizadas. De hecho, en el equilibrio dinámico de esta relación reside la clave para responder a la otra pregunta fundamental.

La competencia entre los países productores, reflejada en la evolución y los cambios de las cuotas de mercado, se analiza a partir de los factores de competitividad. Así, el declive italiano debe explicarse por causas estructurales. El equilibrio entre progreso técnico y aumento de los costes de trabajo, que había sostenido el crecimiento posterior a la crisis de la pebrina, se rompió al entrar en el siglo XX, ya que la industrialización del país provocó el aumento del coste de oportunidad de la fuerza de trabajo. El fracaso de China, en cambio, se atribuye a razones fundamentalmente políticas. Aun considerando la resistencia de la sociedad tradicional, la insuficiencia de las estructuras comerciales y la dificultad de transmisión del progreso técnico, la inestabilidad política –abierta con la revuelta Tai-Ping y agravada progresivamente hasta culminar en la invasión japonesa– resultó decisiva.

Particularmente interesante es el análisis del éxito japonés, por cuanto que Federico sitúa la clave en la elasticidad del sector agrícola, gracias a la combinación de progreso técnico y de disponibilidad de factores con un bajo coste de oportunidad. En cambio, el papel del Estado y de las grandes empresas en la innovación tecnológica –que Federico matiza adecuadamente al resaltar el papel de las asociaciones de productores– y el control de las exportaciones por compañías japonesas resultan ser factores secundarios. Mayor relieve tienen, en cambio, los vínculos privilegiados establecidos entre la producción nipona y la industria manufacturera estadounidense, a cuyo mercado se dirigían el 90% de las exportaciones japonesas de seda. Provocativamente, concluye el autor, el éxito de la producción de hilo de seda se encuadra mejor en el cliché de los años cincuenta (los japoneses como hábiles imitadores gracias al bajo costo del trabajo) que en el de los noventa (la eficiencia derivada de las estructuras institucionales y de la centralidad de la innovación autóctona).

Las hipótesis explicativas de esta obra, formuladas en los casos decisivos a través de distintos modelos econométricos, parten de categorías de referencia neoclásicas en situaciones de competencia perfecta. Atendidas las características del sector, el resultado logrado es convincente. Sin embargo, al margen de los análisis que resaltan la dificultad del desarrollo de la

producción sedera en economías avanzadas y de la atribución del fracaso chino a la inestabilidad política, se echa en falta un análisis de las razones que impidieron el desarrollo de la sericultura en la India, puesto que se trataba de la cuarta economía en liza a mediados del siglo XIX. Por otro lado, dado que la producción de seda se ha asociado a las *success stories* de las economías italiana y nipona en el siglo XX, una reconsideración de dicha contribución en las conclusiones hubiera redondeado el ambicioso alcance del libro.

Esta es una obra ejemplar por varias razones. A nuestro entender, las más destacables son la perspectiva mundial y la metodología empleada, cuyo interés sobrepasa, sin duda, el sector examinado.

JOSEP M^a BENAUL